

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado.

(Jesucristo a sus discípulos)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Dindurra, 2, pral., iqda.

¡Triste realidad!

Después que el tabernero cerró el establecimiento, Pepe se encontró en la calle sin darse cuenta de lo que le pasaba. Sabía, no más, que había entrado allí por la tarde, después de haber cobrado el jornal, que había escuchado con fruición la voz de un camarada excitándoles a la revolución, que, como de costumbre, se había puesto a jugar y a beber, y, por fin, que ahora se encontraba en la calle y en camino de casa sin saber por qué. Es decir, ponerse en camino de casa, eran sus deseos, pero las piernas no parecían estar conformes, y de tal modo sabían imponer su voluntad, que el sueño no hacía otra cosa más que dar vueltas sobre un mismo punto, hasta que un traspies, más formidable que los anteriores, le arrimó a una pared. Desde allí miraba atónito el extraordinario baile que los faroles de la vía pública parecían ejecutar en su honor aquella noche, y, maravillado, no sabía explicarse el por qué de las inusitadas vueltas que las casas daban a su alrededor.

Todo alrededor de él parecía movido por un espíritu infernal que, cogiendo en sus portentosas garras, casas, faroles y calles, les hiciese moverse en fantástico torbellino. Él mismo sentía en su pecho un fuego abrasador, una serpiente que le devoraba las entrañas, una angustia, un malestar general que le martirizaba. Temblando de frío, sufriendo los dolores de atroz agonía, de punzantes amagos, gritó, pidió socorro, se arrimó a la puerta de la taberna llamando con toda la pesada insistencia del borracho; pero solo el silencio le contestaba, y silencio de muerte, profundo e imponente.

El tabernero, y con él toda la vecindad, parecían haberse muerto, y entre tanto sufriendo todas las consecuencias del abuso de la bebida, Pepe continuaba esperando que alguien le ayudara a dar un paso, y como ese alguien no aparecía, tendido junto al umbral de una puerta, el borracho daba muestras de una resignación y paciencia admirables. Por la calle no pasaba un alma; con la aproximación de la mañana, el aire empezaba a cubrirse de densa niebla que todo lo envolvía en blan-

co velo; los faroles mismos, como mariposas de luz, brillaban más débilmente bajo aquel sudario de vapor...

Lejos, muy lejos, se oía el pesado e infernal ruido de esos carros que de las afueras concurren a la capital cargados de productos agrícolas, y, por fin, allá de tiempo en tiempo, las pausadas campanas del reloj de la iglesia más cercana, lanzando sus graves sonidos en medio de las tinieblas de la noche fría; saludaban el paso de una hora más que se perdía en el seno de la eternidad.

Cuando, después de no pocos golpes y traspies, Pepe subió las sucias y escabrosas escaleras de su miserable vivienda, era casi de mañana. La pobre mujer velaba, sentada junto a la apagada chimenea, temblando de frío y repasando, con el auxilio de humeante luz, la vieja y haraposa ropa de los chiquillos que allí cerca dormían amontonados en estrecha cama. El sueño la rendía, el aire era irrespirable en aquella habitación mezquina, llena de suciedad y de humo, pero la desgraciada criatura no lo sentía, se sobreponía a la fatiga, al sueño, al frío a todo, esperando a su marido.

Lo que tardaba en venir no le extrañaba; ya estaba ella acostumbrada a aquella falta de puntualidad; además ya sabía la causa, ¡era sábado! Así, pues, cuando el alcoholizado obrero entró con paso vacilante, dando golpes en las paredes y profiriendo blasfemias, la mujer no le extrañó. No le dirigió un reproche siquiera; paciente y resignada como una mártir, teniendo en la mirada de santa una expresión de piedad y de lástima indefinibles, se limitó a acercarse a él para ayudarlo a desnudarse y meterse en la cama.

Más de una vez tuvo ganas de dirigirle la palabra, pero se contuvo; y sólo cuando le vio ya acostado y roncando con toda la fuerza de sus pulmones, se atrevió, sin ruido y como con miedo de despertarle, a pasar revista a los bolsillos del traje, como buscando algo que temía no encontrar. Buscaba con mano impaciente, nerviosa, apresurada; sacó primero una pipa, después algún tabaco, después un pañuelo sucio y destrozado, por fin, algunos papeles, folletos y periódicos.

Pero nada de eso la dejaba satisfe-

cha; al contrario, a medida que proseguía su revista, se iba poniendo pálida; seguía, sin embargo, buscando, buscando febril, ansiosamente, con un ansia cada vez mayor, hasta que, visto el último bolsillo, no encontrando en él cosa alguna más, comprendiendo que era inútil insistir, la desgraciada criatura se arrojó por tierra llorando, reprimiendo los sollozos que la sofocaban, próxima a volverse loca de dolor y de desesperación.

¡Nada, absolutamente nada! ¡Ni un céntimo! Al día siguiente la miseria continuaría reinando en aquella casa; los hijos no tendrían que comer, porque una vez más la taberna había devorado a su presa — el salario mezquino de toda la semana — y por alimentar al monstruo, la familia tendría que pasar hambre, una vez más durante ocho eternos días....

Por la mañana, cuando la mujer se levantó después de una noche tan horrible, miró la chimenea y vio que no tenía carbón para encenderla, ni dinero para comprarlo, ni siquiera pan para dar a aquellos angelitos que allí cerca estaban mirándola con sus hermosos ojos, llenos de interrogaciones.

Las campanas allá fuera repicaban alegremente atronando los aires. El sol se mostraba espléndido en el cielo azul; era domingo, día de alegría; sólo en aquel hogar había tristeza, hambre, miseria.

—Madre, danos pan — dijeron de pronto los niños —. Y entonces ella, como impulsada por una angustia sin límites, despertó bruscamente al miserable, que continuaba durmiendo.

—José, nuestros hijos tienen hambre: ¿qué has hecho del dinero? le preguntó, amenazadora como la leona que ve sus cachorros en peligro de perecer.

—¿Qué has hecho del dinero? volvió a repetir, viendo que el borracho, despertado bruscamente, no la comprendía y la miraba con estúpida mirada. ¿Qué has hecho del dinero? Hoy todo el mundo está de fiesta, nuestros hijos tienen hambre. José, ¿qué les voy a dar de comer?

Pepe se había incorporado en la cama y continuaba mirándola. Por cuarta vez ella preguntó: «¿Qué has hecho del dinero?» Y en esta pregunta pare-

cía ir envuelto un reproche lleno de amargura.

«—Lo gasté—contestó él, por fin, friamente;—lo gasté con unos compañeros. Después de una semana de trabajar como una bestia, necesita uno distraerse. No van a ser sólo los burgueses los que se van a divertir.»

La mujer le miraba llena de espanto por tanto cinismo; él después de una pausa y como si siguiera el hilo de sus propios pensamientos continuó:

«Nuestros hijos tienen hambre, dices? pues mira, en este momento quizá muchos de su edad se estarán recreando en lechos de plumas. Nuestros hijos tienen hambre, y a otros les sobra qué comer y qué beber. ¡Ah! ¡Cuándo terminará tan odiosa desigualdad! ¡Burguesía maldita! Tú te diviertes, tú disfrutas, y yo entonces sufro, trabajo y reviento... y todo porque nosotros, los obreros, no nos unimos. ¡Cuando vendrá esa gran revolución social que os eche a todos por tierra, canallas, explotadores del obrero!...»

Calló un poco, y en el silencio que siguió, sólo se escuchaban los sollozos de la mujer y de los niños llorando despacito, mientras que allá fuera las campanas continuaban repicando alegremente, llamando a las gentes a la casa de Dios que trajo al mundo la paz para los hombres de buena voluntad.

JULIO MONZÓ

Por si las moscas..

Esos malditos carteles de las derechas están poniendo al descubierto todos nuestros enredos y engaños y fraudes y atropellos y crímenes, robos y malas artes contra la masa obrera que nos cree y nos sigue; lo que debéis hacer es embadurnarlos, romperlos, arrancarlos, porque si el pueblo llega a convencerse de todo esto nuestro contra él nos arrastra.

Lo que falta y no se quiere

Discútese acaloradamente sobre los medios más adecuados para contener este malestar abrumador que devora las entrañas del mundo actual. Propiedad, educación, enseñanza, política, economía, ciencia, artes; todo amenaza ruina.

Las naciones más prósperas y florecientes sienten algo que atemoriza; el pauperismo y el sindicalismo siembran de espinas los altos sitios. Muévense los pueblos con rapidez buscando aire para respirar, y el mal siempre creciente, enseña que no basta a las sociedades el capital, la bolsa, la industria y el comercio.

Roma se sintió un día doblegada bajo el peso que la arrastraba al fin del imperio. En aquel baluarte de la fuerza, de la riqueza, de la ciencia y del arte romano construía arcos y palacios que

arrostran la acción de los siglos, y para sus goces descubría secretos y daba festines que, a pesar del sibaritismo de nuestros días, no se han podido igualar.

Pero Roma sentía un malestar profundo, porque en todas partes llevaba el germen de la muerte. Y era que los vicios, las infamias, las bajezas y la sensualidad habían tomado en ella proporciones gigantescas. Es decir, que a aquel formidable imperio le faltaba una cosa tan sólo: la virtud.

En las naciones modernas se oyen voces que dicen: «nuestras costumbres se cambian diariamente en una blandura e intolerancia incomparables, la fraternidad se desarrolla y la civilización va adelantando». Y los hombres pensadores contestan en voz baja: Nuestros días están cargados de amenazas desconocidas.»

Y es verdad; necesitamos virtud; pero ésta es precisamente la que no se quiere, porque estorba para las sensualidades, egoísmos, avaricias, concupiscencias y ensorbecimientos, tanto individuales como familiares y cívicos. Y así anda el mundo, desequilibrado y convulso. Mientras la virtud, las enseñanzas de Jesucristo y de su Iglesia no sean la norma que dirijan las acciones individuales, familiares y sociales, vanos serán todos los esfuerzos humanos para poner remedio a los males de la humanidad y al desquiciamiento social que nos amenaza.

Dos interrupciones

Muy elocuentes en dos mitines de distinto matiz político:

MURCIA, 30 de enero.—El ex ministro señor Salmón ha hablado en Cieza en dos amplios teatros. Al teatro Galindo asistieron 2.000 personas y al teatro Borrás unas 3.500, entre las que dominaba el elemento obrero y entre éstos los de ideas extremistas. Han hecho uso de la palabra en primer lugar los señores Pérez y Campoy, los ex diputados señores Maestre e Ibáñez Martín.

Cuando estaba haciendo uso de la palabra el señor Pérez, un obrero sindicalista intervino para asegurar que lo que decía el orador era totalmente cierto. «Nosotros—dijo estamos siendo engañados por los dirigentes. El público le plaudió.

VALENCIA, 1.º de Febrero.—En Carcagente intentó hablar ayer el señor Largo Caballero ante mucha concurrencia. No pudo hacerlo por las continuas interrupciones de que fué objeto, increpándole duramente y llamándole los asistentes traidor y canalla.

Una interrupción que fué muy comentada la de un obrero que le dijo: «Para vosotros los enchufes y para nosotros el hambre».

Visto el cariz que tomaba la cuestión, el señor Largo Caballero hubo de salir por la puerta falsa del local.

CHARLA

—Buenos días, señora Francisca.

—Buenos los tenga Vd. también Doña Teresa. ¿Qué desea hoy?

—Póngame un kilo de patatas, un chorizo de quince, diez céntimos de azúcar y diez de café y media botella de vino para el renegado de mi hombre que sin vino no quiere nada. Ahí tiene la libreta para que apunte todo eso.

—Está bien. ¿Quiere algo más?

—Querer... querer, quiero tantas cosas, pero la maldita pobreza con la escasez de trabajo no da para más.

—Sí, está todo muy malo para ustedes los que compran y para nosotras las que vendemos.

—¿Debo ya mucho?

—Un poquito... Espere. Dos y dos cuatro y tres siete y cinco doce...

—¿De qué son esas cinco?

—Que me pidió Vd. prestadas el otro día....

—¡Ah, sí!... ¿Cuándo saldremos de pobres? Ya tengo ganas de que venga el comunismo para el reparto...

—De trabajos, que de otra cosa no será ni para Vd. ni para mí.

—Mientras tanto ¿quiere ponerme en la libreta otros dos duros como adelanto? Cuando trabaje mi Ramón ya se lo pagare todo junto como otras veces, Vd. sabe que yo nunca falto pudiendo.

—Ya lo se, pero no siempre se pueden hacer favores; anda el comercio muy mal también y cuando vienen los giros, o se paga o se embarga.

—No me embargarían a mí que no tengo qué.

—Cada cual ve sus necesidades, que no es oro todo lo que reluce.

—Bueno, de modo que le debo....

—Ahí tiene la libreta sumada. En total 22 pesetas.

—En cuanto pueda ya sabe.

—Tome los dos duros y que se remedie.

—Malamente; tal parece que llevamos la maldición encima. Hola, Rosa. Esta sí que es buena parroquiana, ¿eh, señora Francisca?

—A todas aprecio igualmente por el favor que me hacen surtiéndose de mi tienda.

—Pero Rosa que está rica gasta más y paga mejor que yo.

—Rica no lo soy, Teresa, bien lo sabes. Me arreglo cumplidamente con el sueldo de mi marido que aunque no es abundante no es de los escasos.

—Dichosa tú que puedes hacer milagros en estos tiempos; yo por más que discuro, cada vez más apretados.

—No me extraña; tienes a tu marido sin trabajar ya tanto tiempo y además tres rapazones que te comerán....

—Como alacranes. ¡Qué ganas tengo de que venga el comunismo!

—¡Qué desengaño para todos si viniera! Porque no te vayas a creer que os va a quitar las necesidades; al contrario las aumentará en el pobre pueblo y con ellas la desesperación; menos para unos cuantos que a vuestra costa se enriquecerán de lo lindo y gozarán; esto es de siempre.

Preguntale a Pedro que estuvo en Rusia hace poco y tuvo que escapar de allí a uña de caballo. Aquello dice que es horrible.

—Otros dicen lo contrario.

—Sí, los pagados para hacer propaganda. No te fíes nunca de quien por no temer a Dios no tiene conciencia ni amor al prójimo.

—Eso de Dios, dice mi hombre, que ya pasó de moda.

—Para el que pasó vive siempre y vivirá desesperado y miserable; muy distinto del que cree en EL y le ama y le reverencia. Te habla una experimentada, y como yo muchas. ¿Recuerdas cuando íbamos a la escuela de D.^a Carolina donde se enseñaba religión y presidía nuestras clases el Crucifijo y en nuestras casas no se decía jamás que Dios había pasado de moda? Eramos felices, vivíamos contentas.

—Cómo chiquillas que éramos, pero ahora estamos más instruidas y ya no se nos engaña tan fácilmente.

—Por eso habeis entrado los «instruidos» en posesión de la felicidad y vivis tan ricamente entre odios y malas intenciones. Pues si que habeis ganado en el cambio. Te compadezco a tí y a los tuyos.... ¿Qué es de tu hija María? Ya tiempo que no la veo ¿Se casó, por fin, con aquel Manuel?

—Sí, por lo civil. No quiso nada con la iglesia.

—¡Vaya por Dios, otra desgraciada más! Según eso ¿a qué no bautizaste a Pepín?

—Sí, lo bauticé engañando a uno de esos beatones, que nos lo pagó todo y nos dió dinero encima para festejarlo. ¡Ja, ja, ja! ya tres veces que le bautizamos por este procedimiento. Como dice mi hombre, la cuestión es sacar los cuartos a estos carcas, y a vivir.

—Y luego llamais vosotros hipócritas a los demás.

—También mi Ramón se hizo pasar por de la Adoración Nocturna y que iba a misa todos los domingos, para colocarse, y le colocaron.

—¿Cómo ahora está sin colocación?

—Quedó sin ella cuando lo de octubre, por una calumnia que le levantaron.

—Y le atenderán sus amigos, los comunistas....

—Cuando triunfen, que dicen que va a ser pronto. Entretanto se entretiene en enseñar a los rapazos eso de los puños en alto y fuego al burgués, con unas pistolas que les echaron los reyes.

—¡Qué desgraciados sois!

—Bueno, me voy; ya estuve aquí bastante. Va a creer mi hombre que ando por ahí a picos pardos y me va a dar la gran somanta.

—¿También? ¡Jesús y cómo os queréis!

—¡Ay, señora Francisca, cuántos hay así y cómo hacen presa en ellos todos esos granujas que se llaman redentores del obrero! ¡Buenos redentores están!

—Verá V. en las elecciones de mañana los que van a aparecer de estos infelices.

—¡Dios tenga piedad de todos y nos dé lo que tanto deseamos: paz y un pasar sin necesidades desesperantes, junto con un buen gobierno que rija y administre como es de conciencia para bien de España, que todos somos hermanos y todos debemos mirar unos por otros.

—Eso mismo, doña Rosa, a ver si se me ajustan uvas cuantas libretas que tengo aquí en descubierto.

—Bien. Cobre la cuenta de esta quincena y póngame lo mismo para la entrada.

—Todas así, qué bien marcharíamos.

—Hay que comprender que existe mucha miseria.

—Porque hay poca religión.

—Pues á propagarla cada cual según sus medios y condiciones.

—Adiós, doña Francisca.

—Siga V. bien, doña Rosa.

FABULA

A su caballo nombró
Cónsul, Caligula fiero;
y el cuadrúpedo altanero
ya la paja rechazó.

Dorada se la llevó,
y la comió sin desden.

Echan al pueblo también
paja escritores distintos;
pero adulan sus instintos,
la doran, y pasa bién.

JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

¿“Primos” otra vez?

—Me acaban de decir esos de las izquierdas que como les de el voto, las tierras que llevo en arriendo serán para mí.

—Escucha este recuerdo que no es antiguo ni lejano en cuanto al lugar:

En la pasada revolución de octubre ocurrió en la villa de Grado, regida por unos días soviéticamente, que se circularon unas octavillas en las que se decía: «Labradores: lo tantas veces prometido se os va a dar. Os prometimos que las tierras serían vuestras y las tierras son para vosotros; pero los frutos de esas tierras serán para el Comité, que los habrá de repartir a gusto y placer de dicho comité».

De modo, querido labrador, que no hagás una vez más el «primo».

Folleton de RELIGION Y PATRIA (84)

Honradez sin Dios

sonrisa que suavizó la aspereza de aquellos semblantes.

—Aceptado, caballero,—dijo complacido Sinfioriano, y los otros dos repitieron no menos complacidos:—Aceptado.

Vino el ponche, serví a mis buenos obreros; y, apenas paladeado el primer sorbo, me espetó el Sinfioriano:

—¿Decía usted que no tenía razón, caballero?

—No he dicho tanto, pero pues usted me pregunta con tanta llaneza, con la misma le respondo que, efectivamente, lo que usted dice no es razonable.

Sinfioriano sonrió, los otros casi se enfadaron.

—Una pregunta,—dije a Sinfioriano, que parecía el más intelectual de los tres.

—¿Está usted seguro que no hay Dios?

—Seguro, seguro... no, a fe de Sinfioriano; pero tanto se me da. Con ser honrao estoy al cabo de la calle, y no tengo necesidad de Dios para eso.

—Aunque yo le crea a usted muy hon-

rao, y lo mismo a estos señores, de la honradez sin Dios no fío gran cosa.

Los tres fruncieron el ceño un poquito.

—Hice la salvedad que hice en favor de ustedes, antes de afirmar lo que he afirmado. Repito que les tengo por hombres honrados, y, a pesar de ello: la opinión mía respecto a la honradez sin Dios y sin religión, es opinión de muchos conspicuos, y casi estoy por decir, de todos los que tienen un gramo de mollera, y aún será opinión de ustedes, si me quieren oír cuatro palabras.

—Que nos place, muy señor nuestro, dijo el Sinfioriano y asintieron los demás.—Pero es difícilillo lo que se propone.

—En primer lugar les citaré un hecho muy significativo. Luís Veuillot, escritor ímpio en sus principios, sabio de talla, activo, batallador, convertido más tarde al Catolicismo, fué enemigo tremendo de ateos, masones, socialistas y bribones de toda laya, combatiéndoles a maravilla, pues conocía el paño. Un día le trajo un joven no sé que cuenta, que Veuillot se apresuró a pagar.

«—¿Quiere usted recibo?»—preguntó el joven.

«—No: ya nos ve Dios.»

«—Es que yo, aunque muy honrado, no creo en Dios.»

«—¿No cree usted en Dios? pues venga el recibo.»

Y este es el caso.

—¡Vaya un casito de miga!—dijo Sinfioriano.

—Cuento lo que pasó: a ustedes toca comentar. Yo por comentario añadiré que sin Dios ni religión la honradez es una filfa. Y si no, vamos a pruebas. Supongamos a un hombre que no cree en Dios y que está seguro, fíjense bien, *está seguro* de que la vida de ultratumba es una fábula. Este *quidam* tiene hambre de felicidad como cada hijo de vecino, y claro, pone su felicidad en este mundo, pues para él no hay otro. Es más pobre que la miseria, y un día—¡dichoso día!—se topa con la ansiada felicidad en forma de saquitos de oro viejo, metidos en las entrañas de una abierta caja de caudales. Nadie lo ve; el robo quedará oculto a todo el mundo; él es honradísimo pero no hay infierno ni cielo....

Un escrúpulo se le ofrece: la conciencia, el deber... —¡Hombre! ¡hombre!—dice

LOS QUE REZAN...

Decía Donoso Cortés:

«Yo creo que los que rezan hacen más por el mundo que los que combaten, y que si el mundo va de mal en peor es porque hay más batallas que oraciones.

Si pudiéramos penetrar en los secretos de Dios y de la historia, quedaríamos asombrados ante los prodigiosos efectos de la oración, aun en las cosas humanas.

Para que la sociedad esté tranquila se necesita cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la vida activa.

Si hubiera una sola *hora* de un solo *día* en que la tierra no enviara alguna

plegaria al cielo, ese día y esa hora serían el última día y la última hora del universo».

Utilidad de la embriaguez

La embriaguez es útil: Para perder el tiempo, el dinero y la vergüenza—para acabar con el hogar, la sociedad y la patria—para que los hijos pierdan el respeto a los padres y el respeto a sí mismos—para tener desaliento en el trabajo—para trastornar el cuerpo, pervertir los nobles sentimientos y destruir las facultades mentales—para hacer papeles ridículos y cometer toda clase de vulgaridades—el borracho camina hacia la cárcel, el manicomio y el suicidio.

Compra de Oro

Se advierte al público, para que no se deje sorprender vendiendo las monedas y el oro a más bajo precio de su valor, que pago a 59 pesetas las monedas de 25 pesetas, y a igual precio Libras, Dólares, Francos, Pesos y todas las monedas que representen un valor de 25 pesetas, de cualquier país que sean. En la misma proporción pago todo su valor por los objetos y dentaduras de oro por estropeados que estén.

Joyería Osorio - PI Y MARGALL, 13 - GIJON

Devocionarios - Semana Santa
y toda clase de **Artículos Religiosos**

Librería Palacios

Santa Rosa, n.º 4
G I J O N

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.) - Gijón

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería :- Artículos Sanitarios :- Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Detall: San Bernardo, 59 y 61

Telegramas y Telefonemas:

Teléfono Detall: 2912

Almacenes: Premio Real y Molino

G A L O N S O

Teléfono Almacén: 293

Doctor Emilio Villa

ESPECIALISTA

:- Enfermedades del Pulmón y Corazón :-

Consulta: de 11 a 1 :-: San Bernardo, 143 :-: Teléfono 1219 :-: G I J O N

A V I S O :

A todas las Señoras y Señoritas, que los Salones de Belleza de MARIA LUISA RODRIGUEZ, instalados en la calle San Bernardo, núm. 75, se trasladaron al 127 de la misma calle.

LUIS BASURTO QUIMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio
Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido
LABORATORIO de análisis minerales e industriales.
Príncipe, 16 — Apartado 174 — G I J O N

Luis Infiesta y Castro

(ANTES ACEBAL, RATO y COMP.ª)

Barrio del Tejedor :-: Teléfono 13-28
G I J O N

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases de carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas.

Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, luceras, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan.

Rápida entrega de los pedidos

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por si solo el chocolate de esta marca

Pídase en las tiendas de ultramarinos

OBRAS TEATRALES (De propaganda social)

El Anarquista.....	1	peseta.
Mitin socialista.....	1	>
Jauja.....	1	>
El Señorito.....	1	>
El Requeté.....	1	>

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1931-32-33 y 35 a 4 ptas. cada año.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20=Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud — Esmero — Economía

El fiscal de la República dice en su memoria del año 1932, mandato de Azaña y los socialistas:

Delitos cometidos en ese «dichoso» año, 126.609.

Delitos contra la propiedad: 146 idios!

Detenidos por diversas causas: 187.009.

¡Votad a las izquierdas!

Correspondencia Administrativa

Sr. D. R. S. — Laviana — 1935.

Sr. D. J. I. — Valladolid. — 1936.

R. M. S. del P. de S. J. — Gijón, 10 ptas de donativo.

Sr. D. B. O. — Ll. de V. Alegre — 1936 — Remitido el ejemplar pedido.

Sr. D. F. M. F. — Snta. M.ª de Grado — fin febrero 1937.

Sr. D. L. N. — S. Ildefonso — 1936.

Sr. D. M. S. — P. de Vega — Fin febrero 1936.

LECTOR AMIGO, ¿TE GUSTA «RELIGION Y PATRIA»? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer otros. Haces una buena acción.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

G I J O N. - Teléfono 2934

DOCTOR CALISTO DE RATO Y ROCES

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cincuenta y ocho años de práctica

CONSULTA: Mañana y tarde

Corrida, 63 — Tlf. 490

G I J O N

Las 20 curas vegetales del Abate Hamón

LA SALUD POR LAS PLANTAS

Maravilloso método de curación por medio de PLANTAS

descubierto por el

ABATE HAMON

Pida Vd. folleto

"La Medicina Vegetal"

GRATIS y sin compromiso a

Laboratorios Botánicos

Ronda de la Universidad, 6 - BARCELONA